

1992

Fragmentos

Amy Nocton

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Nocton, Amy (Otoño 1992) "Fragmentos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 36, Article 24.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss36/24>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Fragmentos

Amy Nocton

I

Parecía que no me viera. Sus ojos se quedaron fijos en algo distante mirando intensamente — como si fuera algo colgado en el aire que le llamó la atención.

La observé a lo lejos.

Parecía un animal salvaje: sus cabellos despeinados y recién cortados (porque ella siempre se cortó el pelo cuando sentía que estaba perdiendo control) bailaban en la brisa; llevaba una cara seria pintada con sangre, y los ojos —

“Eh, Miana” la llamé.

No respondió.

Me acerqué a ella. “Miana, soy yo, Clara. Eh, mira — ahora todo está bien. Soy tu mamá. Por favor, niña, ¿me puedes decir donde estás?”

En este momento estábamos cara a cara. Le pasé la mano por su rostro y sus ojos vidriosos no registraron el movimiento. La besé en la frente. Gritó. Silencio.

II

“Y después, Clara, ¿qué ocurrió? ¿Qué dijo? Tiene que explicarme todo por el bienestar de Miana. ¿Cómo estaba vestida? ¿A qué hora la encontró? ¿Y dónde?”

“La hallé sentada en el suelo en el rincón de una caballeriza a dos millas de la casa. Hacía tres días que la andaba buscando. Y de repente, me recordé que cuando Miana era más pequeña solía jugar con los hijos de Don Roque al lado de aquella casa antigua en el establo y cómo a Miana le encantaba el olor del sudor y orín de los caballos. Me acuerdo la tranquilidad que mostraba cuando estaba allá.

Pues, como ya le conté, la buscaba y, de repente, se me ocurrió andar hacia allá. No sé por qué... Hacía más de diez años que el viejo Don Roque abandonó este lugar.

Cuando llegué al establo, en busca de Miana, la encontré acurrucada en sus pijamas. Su ropón blanco estaba manchado con una enorme mancha roja. Ella soñaba con los ojos abiertos. Temblaba.

Su grito me asustó y salté.

Ahora, sí, se dio cuenta de que yo estaba allí y me miró. En el instante que su mirada chocó con la mía un rayo de sol matinal se filtró por entre el aire polvoriento y cayó sobre los ojos cristalinos de mi hija. En ese momento fue como si hubiese visto su alma: una fuerza poderosa nos dominó.

Murmuró ella: 'Anoche soñé...'

Lloré."

III

Miana. Siempre la caprichosa, la niña curiosa con ojos verde rosas que nunca mentían. Esos ojos parecían reír, bailar, y matar a la vez. Revelaban todo — y nada. Ella hablaba más con esas dos esferas de mármol que con su voz.

Inteligente. Ah, sí, un genio. La niña más lista de este mundo.

Pero atormentada. Caminaba con la cabeza siempre llena de pensamientos, y con un corazón sensitivo. Sufrió. Reflexionaba veinticuatro horas al día. Ni siquiera cuando dormía encontraba paz. Soñaba cosas raras y a menudo se despertaba con heridas que ella misma se hacía durante fuertes pesadillas.

Ella era querida, mucho, por la gente.

IV

"Clara, mírame bien, tu hija vive todavía. ¿Por qué insistes en hablar de ella como si estuviese muerta?"

"Porque dentro de poco ella morirá."

V

Estoy andando por un laberinto hecho de ladrillos cubiertos de enredaderas y mientras camino recojo papeles que el viento echó a volar. Son páginas de un libro escrito en latín. Oraciones y plegarias.

De repente me doy cuenta de que alguien me sigue. Sin mirar hacia atrás, comienzo a correr hasta que llego a la misma caballeriza donde mi hija se había refugiado. Cierro la puerta y suspiro. Volteo.

No estoy sola, no. Miana está y alguien más. Le pregunto a Miana “¿Quién es?”

Miana responde “¿No la reconoces?”

“No sé. Déjame verle la cara.”

Miana remueve la cobija que cubría su cara y revela a una mujer; está muerta.

VI

“Señor, olvidé decirle una cosa.”

“Sí, Clara, ¿qué?”

“Había un cadáver con mi hija.”

“Sí, Clara, ¿y quién era?”

“Era yo.”

VII

Sí, la muerta era yo.

VIII

Me desperté. La mujer en la cama al lado había comenzado a gemir. Era parte de su rutina diaria. Primero, sollozaba y luego le gritaba a los fantasmas con que conversaba por largos ratos. Durante los días que pasó acostada en su cama siempre llevó una camisa de fuerza. Todo el tiempo los médicos venían con sus medicinas mágicas para darle inyecciones que la tranquilizaban.

Pero nunca me tocaron. No, no me hicieron caso.

IX

Es difícil respirar. Me está asfixiando.

Me encuentro boca abajo en el lodo. Llovizna. Me empujo contra la tierra para levantar la cara. Dejo la lluvia acariciar mi rostro antes de abrir mis ojos. Lo que veo es...

Todo está gris, marrón. Los árboles quemados parecen ser esqueletos en el horizonte. Cuervos voraces pican los ojos de un caballo muerto.

Huele a carne quemada.

Oigo lamentaciones, pero no veo a nadie.

Me siento como si me estuviese ahogando. Extiendo la mano y pido

ayuda. Nadie responde.
Dejo de vivir.

X

MÉDICO: “Se llamaba Clara. Era huérfana. Se volvió loca después de descubrir a su madre muerta. Fue un drama bien trágico.”

POLICIA: “¿Por qué? ¿Qué le pasó?”

MÉDICO: “No sé exactamente. Los periódicos contaron que su padre había muerto en la guerra y un poco después su madre, que se llamó Miana, y quien siempre la había atormentado a Clara (la trataba como si Clara fuera la madre y ella la niña), finalmente se suicidó.

Clara tenía nueve años y después de haber vuelto de la escuela entró en la casa a mostrarle a su mamá un dibujo y de pronto encontró a su madre sin vida en la cama.

Cuando la policía llegó a la casa encontraron a la niña sentada en un rincón — temblando. Cuando el policía se aproximó a ella, ella siseó como un jaguar. Desde aquel día ni una palabra salió de sus labios. Se encerró en su mundo de sueños y pesadillas y allá se quedó.”

POLICIA: “Comenzaremos la investigación mañana, Doctor. Voy a llevar esta almohada conmigo, ¿vale?”

MÉDICO: “Sí, sí, claro. Haga lo que quiera. Usted sabe mejor que yo lo que hay que hacer en este caso.”

XI

Dos días después, la enterraron en el cementerio de la iglesia al lado del manicomio. Su epitafio decía:

CLARA 1945–1964

Ahora camina hacia el paraíso
Al final, encontrará la paz eterna.